

ver la luz, para gozar del Cielo, para divertirse en las criaturas, para gozar de la vida. Pues para nada de eso los estimaba Coleta, sino solo estimaba sus ojos para ver los accidentes de la Eucaristía: por eso solo, decía esta Virgen admirable, los estimo tanto, que si me privára de ellos el Señor en la vida, me fuera este mi mayor tormento; porque me privára del deleyte mayor que gozo en verlos. ¡Gran fineza! Mas no advertía, que supiera el Señor suplirla aun sin tener ojos.

De la Beata Sivilina de Pavia, Monja Dominicana refiere Fr. Hernando del Castillo, (p. 2. *Hist. Domin. c. 20.*) que desde edad de trece años estaba ciega; mas quando aun sin sentirlo ella estaba cerca de este Divino Sacramento, lo conocía por una especial dulzura que sentía en el alma; y esta misma sentía quando pasaba el Señor por la calle. Una vez, que pidiéndole al Cura de una Parroquia el Santísimo para un enfermo, no lo tenía, quiso emendar un yerro con otro mayor; llevaba, pues, una Hostia no consagrada; y al oír la campanilla aquella Religiosa dichosamente ciega, se puso de rodillas à adorar, mas no sintió nada de la dulzura que solía; quedó afligidísima, hizo llamar al Cura y preguntóle: si aquel día había llevado el verdadero Cuerpo de Christo nuestro Señor al enfermo, ò no? Y refirióle lo que le pasaba. El pobre Sacerdote quedó gravemente confuso viéndose descubierta y le confesó la verdad. Y quando así aun à los ciegos aun debaxo de sus accidentes se hace sentir el Señor, ¿qué importa que aquellos velos sagrados nos lo oculten?

Mas: síguese de aquí, que tantos como son puntos los del pan y del vino, tantos son allí los milagros; quiero decir, que estando todo Christo en la Hostia, todo en el Caliz, está todo en cada partícula, todo en cada punto. ¡Oh, milagro de milagros, que para ponderarlo no bastan infinitas lenguas! Retrátase el Sol en muchas partes, en muchas vasijas de agua; en muchos espejos. El espejo quebrado en muchas partes nos retrata en todos entero el rostro; pero no son esos mas que retratos; allí en cada punto de la Hostia son realidades. Está el alma toda en todo el cuerpo y toda en la menor parte de él, es así; pero separada una parte, dexa de estar allí ya el alma. No así en esta mejor alma de nuestra gracia, que estando en toda la Hostia, por mas que se quiebre, por mas que se desmenuce, en cada menzuo está un Dios todo; así lo zela con prodigios. De la B. Ibera refiere nuestro Bolando, (*in vit. cap. 27.*) que se fue un día à su Cura, y le dixo, que su Ministro en un Pueblo distante celebraba con gran descuido la Misa, y que se dexaba en el Altar las partículas. Pusose el Cura en camino; fue allá, y halló que era así, y recogiendo del Altar las partículas las puso en el Sagrario.

A ahora pregunto yo, lo que han preguntado

absortos hombres grandes: ¿Dónde está Dios mas admirable, en lo grande, ò en lo pequeño? ¿En fabricar los Cielos, ò en formar una hormiga? ¿En llenar las inmensidades con su sér, ò en reducirse todo un Dios à un punto en una partícula de la Hostia? ¿Dónde mas admirable? Teodoro, grande Estatuario en bronce, refiere Plinio, (*lib. 34. cap. 8.*) despues de haber hecho de esa materia estatuas admirables, quiso retratarse à sí mismo, y lo hizo en dos maneras. En una estatua bien avultada y grande se retrató al vivo; pero en ésta puso en la mano derecha una lima, la sinestra levantados los tres primeros dedos y juntos por las puntas, puso sobre ellos un carro de bronce con quatro cavallos, tan perfecto, que nada le faltaba; y tan pequeño, que apenas podía distinguir-lo la vista; tan pequeño, que sobre él puesta una mosca de bronce, con las alas tapaba los cavallos y el carro. ¿Y dónde, pregunto yo, se retrató mejor este grande Artífice? ¿en lo grande de su estatua, ò en lo pequeño de su carro? Allí pudo mostrar su valentía; pero aquí su saber, su sutileza, su primor admirable. ¡Oh, Dios, si en lo grande prodigioso, en lo pequeño sin comparación admirable! Y quando así Dios se encoge, se estrecha, y se ciñe en un punto de la Hostia tan humilde, ¿qué busca nuestra soberbia de grandezas? ¿qué busca nuestra nada de vanas hinchazones? Enseñenlo este suceso.

Osualdo Mulfero, en el Condado de Tirol, el año de 1384, refiere Bredembraquio, de quien lo trae Marcancio, (*Mist. 4. q. 1ec.*) era Cavallero de ilustre prosapia y de grande soberbia; por la qual, pareciendole que era igualarse y hacerse comun con todos, comulgando con la forma pequeña que todos comulgan, quiso que à él se le diera una Hostia grande; que aun en lo mas Divino vemos cada día querer introducir lo humano àntelaciones de la vanidad y preferencias de la soberbia. El Sacerdote, ò mas adulator, ò menos sabio, porque Osualdo era Señor temporal de aquel Lugar no se atrevió à negar lo que debía negarle: previno una Hostia grande para comulgarlo; pero al llegarla ya à recibir, hizo Dios lo que no supo el mal Sacerdote; porque al llegarle la Hostia à la boca, abriendose de repente la tierra debaxo de sus pies, iba à tragarlo de modo que hasta las rodillas quedó enterrado; al caer, asiendo de la esquina del Altar, como si ésta fuera de blanda cera, así se le enterró en ella la mano. Y conociendo él vano el enojo de Dios, se arrepintió, y empezó à pedir perdon à voces. Mas con todo eso, no pudiendo todavía tragar la Hostia, volviendola à recoger el Sacerdote la guardó en el Sagrario, donde hasta hoy se conserva teñida de color de Sangre, haciendo repetidos milagros. Osualdo así castigado de Dios, cayó en una grande enfermedad, en que bien arrepentido de su locura y soberbia, confesado y humilde murió dentro de pocos días; y para exemplo comun

escrito en una tabla de bronce se guarda este milagro en un Pueblo llamado Cebel, en el Condado de Tirol: Donde Dios hace el extremo mas admirable de su humildad, ¿qué tiene la humana soberbia que obstentar su hinchazon? Si la Fé reconoce y confiesa que no recibe menos de Dios el que en aquel Sacramento recibe una pequeña partícula, que lo recibe el Sacerdote en la Hostia, y en el Caliz; reconozcase nuestra nada, quando así todo un Dios se ciñe; conozcase nuestra miseria, quando así el Inmenso se abrevia, y ésta será disposición agradable, para que el abreviado Dios en aquel Sacramento estienda y dilate en nuestras almas la inmensidad de sus beneficios, y los interminables bienes de su Gloria.

## PLATICA VI.

En la soberana junta que se halla en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía por concomitancia.

A 6. DE JUNIO DE 1694.

EN union admirable los Cielos, tan coligados sus orbes, tan trabadas entre sí sus Esferas forman la dulce harmonía con que dán à conocer su Soberano Autor, que tocar uno solo, fue moverlos todos; imprimir en el primer mobile el impulso, fue avivar en todas las demás Esferas la carrera, Corren y se mueven veloces tan inmensos Orbes, todos à un impulso, à un movimiento todos: *Unus omnes*; tan en andar de Cielos, por unidos, que fuera acabar con toda la naturaleza querer detener suspenso al uno, quando el otro veloz se gira; fuera desquedernar todo el teatro del mundo querer parado à un Cielo, quando los demás vuelan. Esa es la liga prodigiosa, de que resulta la proporcion de los tiempos, la harmonía hermosa de las luces, las estaciones apacibles de los años, y la variedad admirable de las influencias, obedecer encadenados los Cielos à su primer mobile, seguir todos concordados aquel primer impulso. Y si en la Eucaristía es donde mejorados los Cielos abrevió nuestra Vida Christo sus tesoros; mejor retrata en ella con el movimiento de todas las mas Divinas Esferas coligadas las luces, realizada la harmonía, aventajadas las influencias. Un Cielo, digamoslo así, primer mobile, es el que à las palabras del Sacerdote en la Consagracion se mueve; mas luego por la union à ese Cielo, ¿qué se vá moviendo de Cielos? ¿qué se vá revolviendo de esferas? ¿qué vá corriendo de Soberanos Orbes à llenar este Sacramento de todo quanto Dios es, de todo quanto Dios tiene, y de todo quanto Dios puede? Esas son las que así llamamos concomitancias, punto ahora de nuestra doctrina.

Por virtud, pues, de las palabras de la Consagracion solo se pone en la Hostia el Sacrosan-

to Cuerpo de nuestra Vida Christo, entero, cabal, perfecto; con sus miembros todos, huesos, nervios; partes entre sí distintas, que componen su perfectísima simetría; pero solo el Cuerpo. (*Conc. Tr. ses. 13. c. 3.*) Por virtud de las palabras de la Consagracion en el Caliz solo se pone la Sangre de nuestro Redentor; la misma que por nosotros derramó en la Cruz; (*D. Th. 3. p. q. 76. art. 1.*) però la Sangre sola; ese es solo el primer mobile à donde toca la fuerza de las palabras: eso, quiero decir, es solo lo que las palabras significan, y lo que para su verdad, que es la misma verdad de Dios, es necesario que se ponga en una, y otra especie; en el Pan; *Este es mi Cuerpo*; en el vino; *Esta es mi Sangre*. Por eso, pues, decimos, que por fuerza de las palabras en la Hostia, solo se pone el Cuerpo; por fuerza de las palabras en el Caliz, solo se pone la Sangre de nuestro Redentor Jesu Christo; porque eso es lo que solo dicen, eso es lo que solo expresan las palabras. Mas hé aquí, que como al primer mobile van siguiendo allí todos los Cielos, aquí mejor corren veloces todas las Esferas de la Divinidad; porque como el Cuerpo de nuestra Vida Christo no está separado de su Sangre, yá por esa natural compañía, que llamamos concomitancia, está en la Hostia con el Cuerpo tambien la Sangre del Señor: y como su Cuerpo y su Sangre están unidos con su Alma Santísima, hé aquí en la Hostia con el Cuerpo y la Sangre tambien el Alma. Aun se van moviendo mas Cielos; porque ese Cuerpo y Alma unidas por la union hypostatica à la persona del Verbo que en sí misma tiene la Divinidad, no pudiendo separarse corren el movimiento Divino à ponerse en la Hostia, y así queda el Cuerpo, la Sangre, el Alma, la union hypostatica, el Verbo y la Divinidad todo en la Hostia; y por decirlo en una palabra, todo Christo como está en Cielo. Lo mismo debemos creer en el Caliz; de modo, que siendo solo un Cielo el que por las palabras se mueve, son todos juntos los Cielos los que por su union se trastornan.

¡Oh, demonstracion de liberalidad por todas partes inmensa! *Este es mi Cuerpo*. No dixo mas el Señor, quando nos la daba toda; apoca el don con las palabras, quando en la realidad hace tan infinitos los beneficios, que no le queda mas que dar. Suele, ò yá un amigo liberal con su amigo, ò yá un esposo con su esposa, que quando quiere mostrarse mas generoso, dá un bellissimo diamante engastado en una sortija, y con todo eso apoca la dadiva con palabras: Tomad esa sortija dice, por muestra de mi amor; y no menciona la preciosa piedra que la hace inestimable, nombrando solo aquel poco oro que forma la sortija. Así, pues, con exceso infinito el Señor enamorado y generoso rodam, nos dice: *Este es mi Cuerpo*, que es el oro, como si digéramos que es la sortija, y no nombra, y no menciona el alma que en ese Cuerpo nos dá unida; y no menciona

la Divinidad, que es el diamante de infinito valor, que nos dá en esa sortija engastada. Esta prueba suma de amor singularísimo es la que notó Salomón. (Cant. 8. vers. 7.) solo para un Dios hecho Hombre: *Si dederit homo omnem substantiam domus suae pro dilectione*, ó como otros leen, (*pro dilectione*) *quasi nihil despiciet eam*. Ese es el sumo exceso del amor, que cuando por el amado se dá todo quanto se tiene le parece al que ama, que aun no da nada. Así, pues, le sucede à nuestro Salvador en este Sacramento, que no solo nos dá la habitacion, que es su Santísimo Cuerpo, no solo sus tesoros todos, que son los infinitos méritos de su Sangre, sino que nos dá el habitador de esa casa, que es su Alma, el dueño de toda su riqueza, que es la Divinidad: *Omnem substantiam domus suae*, y siendo eso todo lo que nos dá como si no nos diera nada no dice mas, sino: *Este es mi Cuerpo; quasi nihil despiciet eam*.

Siguese de aqui otra fineza inexplicable con que toda la Divinidad se abate hasta lo sumo solo por nuestro amor. Es, pues, solo el Cuerpo de nuestro Redentor el que principalmente se pone en la Hostia por virtud de las palabras. Está allí tambien su Alma y tambien su Divinidad; ¿pero quién tiene, explicandolo à nuestras voces, quién tiene el primer lugar en el Sacramento? ¿Quién prefiere allí? El Cuerpo de Christo, ó su Divinidad? ¡Oh, humildad indecible de un Dios! El Cuerpo es allí el que tiene el primer lugar, el que se lleva la preferencia. A la manera que un Rey grande, si en el día que se casa su Privado se dignara por gran fineza de asistir à sus bodas, de ser su padrino: en tal caso no dexando de ser Rey, no dexando de ser superior, con todo eso en aquella función, en aquel acto, el primer lugar, la preferencia la tenia el vasallo, porque éste era el Esposo, era el Novio. Así, pues, porque su Cuerpo, porque su Carne virginal es la que en este Sacramento se viene à desposar con nuestras almas, à estas tan soberanas bodas asiste la misma Divinidad: pero dandole al Cuerpo la preferencia, porque es el Esposo; y abatiendose Dios, porque el hombre se exalte, *Este es mi Cuerpo*; no dice, esta es mi Divinidad, estando como está allí: *Este es mi Cuerpo* porque ese es el con que Dios se abate para que la criatura lo alcance: *Et declinavi ad eum ut vesceretur*. A la manera que al volver del sueño el infantillo tierno levanta los vagidos, y la mas amorosa por sosegarlo presto, aun en la misma cuna para darle el pecho se dobla; y se inclina toda, y siendo el pecho solo el aplicado al sustento, con todo eso, porque está unido à su cuerpo lo acompaña todo el cuerpo, toda el alma y toda ella se inclina con el pecho. Así, pues, hace la union, que siendo el Cuerpo de Christo el que solo mencionan las palabras por la natural compañía; y estrecha union que entre si tienen, le sigue en la Hostia la Sangre el Alma y toda la Divinidad.

¿Qué maravilla es esta tan estupenda, que no pudieran alcanzarla ni aun los Serafines? Diodorates refiere Plinio (*lib. 34. c. 14.*) llegó à creer de no sé qué Filósofos, que el Sol no era todo mas que un muy grande globo de hierro encendido. Y de este craso engaño se le siguió otro mayor error, que fue intentar parar en su carrera al Sol. Para esto al grande Templo de Arsinoe le fue poniendo sobre todo el techo unas grandes tablas de Piedra Imán persuadido à que siendo de hierro el Sol, estas piedras bastarian à dexarlo suspenso sobre aquel templo, para su mayor hermosura, para su mayor esplendor. Y si es tan digno de risa este tan duplicado yerro; dad que lo consiguiera; ¿qué sería ver al Sol todo parado, todo suspenso al atractivo de una Piedra? Pues qué tiene que hacer este material Sol, mejor diré ese negro tizon, respecto de la Divinidad, à Imán mas soberano, mas poderoso, à igualdad con el Cuerpo de Christo à la Hostia.

Y de aqui yá todo junto lo mas supremo de los Cielos, porque no pudiendo estar la naturaleza Divina, que es una sola en todas tres Personas, sin que esten en ella todas tres, siguese, que en este Divinísimo Sacramento, por la misma natural necesaria concomitancia, están con el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo con especial presencia; de modo que aunque por imposible dexarán de estar como están en todo lugar, estuvieran todavía en este Sacramento; que mucho, pues, que aqui digamos sin temeridad, lo que en otras cosas fuera error, que no puede Dios hacer mas, siendo infinita su Omnipotencia, que lo que ha hecho yá en el Sacramento de la Eucaristía, donde juntas con toda su Divinidad todas sus perfecciones, quanto llena todos los Cielos, lo tenemos abreviado en la Hostia. El Padre Francisco Garcia, (*Mir. c. 1.*) de nuestra Compañía antes de ser Sacerdote, padecia graves tentaciones y dudas sobre cómo las tres Personas de la Santísima Trinidad estando en el Cielo, estaban juntamente en la Hostia Consagrada; y un día le quiso Dios sosegar con esta vision; porque al alzar el Sacerdote vió con un modo maravilloso que aquella Hostia misma se iba levantando hasta el Cielo, y que la Santísima Trinidad estaba en ella en figura de un tronco, que con tres ramos se sublimaba hasta el Empíreo. Y à esta vista desaparecieron de su alma la tinieblas, le quedó tan llena de luz, que repetia à gritos, que daria mil veces la vida por confesar esta verdad católica, en que no le quedó la menor duda. Esto mismo le mostró el Señor à la Beata Agueda de la Cruz Monja Dominicana, (*Haut. n. 949.*) con tanta expresion en la Hostia toda la Trinidad Santísima, que decia y afirmaba que ella no lo creia yá, sino que lo veia.

Mas de aqui me opondrán una buena duda que se sigue; y es, que si en la Hostia está el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad, de

nuestro Redentor, ¿para qué luego se consagra de nuevo el Caliz, si eso mismo es lo que se pone debaxo de las especies del vino? ¿Si tanto está en la Hostia como en el Caliz, para qué son dos distintas Consagraciones? Buena pregunta. Por dos razones: una de parte del Sacramento, otra de parte del Sacrificio: de parte del Sacramento, porque queriendonoslo instituir el Señor en forma de comibre, por eso quiso que fuese en comida, y en bebida, que uno, y otro es menester para un comibre: otra de parte del Sacrificio, porque siendo éste una representacion, un retrato de aquel Sacrificio sangriento, que ofreció el Señor por nuestra vida en la Cruz; si allí derramó, y vertió toda su Sangre, quiso por eso que aquella separacion se representara aqui, poniendo por virtud de las palabras solo el Cuerpo, y por virtud de las palabras en el Caliz la Sangre sola. Y he aqui por qué siendo lo mismo que está en la Hostia lo que se pone en el Caliz, con todo eso se repite la Consagracion, para repetir así el Sacrificio de la Cruz. La Beata Isabel Esconauigiense, oyendo un día Misa, despues de la Consagracion, al poner el Sacerdote la Hostia sobre el Caliz, vió que no quedando en el Caliz una gota sola, en la Hostia estaba nuestra Vida Christo crucificado; y viendo luego correr de su Cuerpo rios de Sangre, quedandose el Cuerpo como antes lo miraba en la Hostia, aquella Sangre que caia rebosaba en el Caliz. Así le mostró el Señor como en este incruento Sacrificio se representa al vivo el de la Cruz.

Y ya si así toda la Divinidad la tenemos en este Sacramento, ¿qué se sigue à la veneracion, al culto, à la adoracion que le debemos? *Natus dubitandi locus relinquatur*: que no queda ni la menor duda, (dice el Santo Concilio de Trento, *sess. 13. cap. 5.*) sino que con aquella misma adoracion de *Latria*, que en el Cielo rinden los Angeles à la Beatífica Trinidad, esa misma le debemos nosotros rendir con toda el alma en este Santísimo Sacramento. ¿Dónde está todo el amor si aqui no se emplea? ¿Dónde toda la devocion si aqui no se afervoriza? ¿Dónde todos los obsequios rendidos si en este Dios Sacramento no se logran? Pondera bien el gran Escoto (*in 4. dist. 8. q. 1.*) digno Príncipe de su Escuela, que toda la devocion, todo el fervor de la Iglesia, parece que mira como à su fin, busca como su centro à este Sacramento Santísimo: *Quasi omnis devotio in Ecclesia est in ordine ad hoc Sacramentum*. Los Templos, los Altares, los Sacerdotes, las funciones, las fiestas, todos los demás Sacramentos con admirable armonía, como los inferiores Planetas, son todos en orden à este divino Sol que los ilumina; ni disuerta Santo Tomás, (*3. p. 2. q. 65. art. 3.*) que en este Sacramento mira epilogada la virtud de todo lo Sagrado: *Per omnia Sacramenta in Eucharistia communiatur*.

A esto, pues, sale el Jueves por las calles

triumfante nuestro Dios; à robar corazones, à avasallar los afectos de las almas, à que con una singular, y rara significacion le mostremos nuestro agradecimiento, dice el Concilio Tridentino singular, y raro, ¡Oh, cuánto para serlo pide de fineza, de amor, de ternuras, de devocion, de humildad reverencia! ¡Oh, si retratáramos la fiesta del Corpus que celebran en el Cielo los Angeles! Mostróselo el Señor muchas veces à la Venerable Virgen Doña Marina de Escobar; vealo el curioso en su Vida, donde hallará motivos de gran fervor à la piedad, y de grande regocijo al corazon en esta fiesta.

Entre otras, refiere el Venerable P. Luis de la Puente, su Confesor, en el Libro segundo de su Vida, c. 28. que el año de 1622. los Angeles que le asistian llevaron en espíritu al Cielo à la Venerable Marina, y me presentaron, dice ella, delante de Dios nuestro Señor Trino, y Uno, donde su Divina Magestad me hizo merced de mostrarme con gran luz el Misterio de la Santísima Trinidad, y en medio de aquel pecho divino vi el Misterio del Santísimo Sacramento del Altar: de ahí à un rato ví al Arcangel San Miguel, vestido de una rica vestidura de Gloria, tenia en la mano una vándera de los mismos colores, y por remate una Cruz de riquísimo oro, y en ella dibujada una Hostia, figura de este Divino Sacramento, y parecia que estaba en ella el Señor. De esta suerte el Santo Arcangel, acompañado de gran número de Angeles, vestidos de la misma librea, y cantando dulcemente; ¡oh, qué Procecion, si la vieramos! daban una vuelta en contorno de toda aquella Patria celestial, y por el camino, à un lado, y à otro habia hileras de Angeles prostrados en el suelo de aquel Cielo, que con gran humildad adoraban à aquel Señor, y con la vándera del Santo Arcangel iba tocando à los Angeles de un lado, y del otro. En acabando esta Procecion, San Miguel se llegó delante de la Beatísima Trinidad, y allí abatió la asta de la vándera delante de la Magestad de Dios, y oró, diciendo: Suplicite, Dios, y Señor nuestro, Dios de grande Magestad, en nombre de todos los Espíritus celestiales, nos hagais merced de conservar, y aumentar en tu Santa Iglesia, y en tus fieles la devocion, y veneracion de este Divino Sacramento. Y el Señor con apacibilidad grande respondió: que habia oido sus oraciones, y dió muestra de que se haria; y echóles su bendiccion; ¡Oh! y las eche sobre nosotros, para que con fervor del alma acompañemos à los Angeles en nuestras veneraciones rendidas à este Divinísimo Sacramento. Oh, Arcángel Soberano San Miguel, no ceses en tus ruegos, para que llevendonos del Cielo llamas de amor divino, llevandonos tú en Estandarte, sigamos la Procecion en esta vida; de modo que vamos à celebrar en tu compañía tan regocijada fiesta en la Gloria.

## PLATICA VII.

De los admirables efectos del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

A 20. DE JUNIO DE 1694.

¿Onde mas prodigioso el Nilo en lo escondido de sus manantiales, ò en lo patente de sus avenidas? Tan escondido antes, que burlando a la curiosidad todas sus diligencias, jamás pudo averiguarle su principio; tan patente luego, que llenando aun à los codiciosos deseos sus ansias, son estrechos margenes de su cauce, las mas dilatadas llanuras del Egipto; ¿y todo para qué? Para que lo que ocultó tan recatado en su principio, lo vierta luego en raudales de beneficios, alegría de los hombres, vigor de las plantas, fecunda vida de la tierra, que trayendo en avenidas las cosechas, hace que solo en Egipto no atiendan los Labradores al Cielo, quando en las aguas de su rio gozan mejorados à la abundancia, à la salud, à la fecundidad los influjos. Y entonces, quando en dichoso naufragio, inundadas de sus aguas las Ciudades, se anegan mas en regocijos, porque quanto mas les esconde la tierra, les descubre mas la felicidad: *Majorque est latitit gentibus* (dixo Seneca) *quò minus terrarum suarum vident.* ¿Así? Pues por escondido, y por patente es igualmente prodigioso; escondase primero en su origen à su mayor estimacion, el que solo se quiere manifestar en avenidas de beneficios; digan quienes son sus efectos, y ocultese su cuna, para que solo lo publiquen por grandes sus favores, quando asi esconde la tierra toda para mostrarse Cielo, corriente espejo, que en sus aguas mejor nos retrata aquel inmenso rio, que teniendo en el escondido seno de Dios su principio, deribando desde allí sus corrientes todas por el cauce del mas Divino Sacramento, si en siete bocas como el Nilo reparte de los caudales de su gracia los beneficios, todas en avenida dichosa se juntan en este Soberano Sacramento: *Flumen Dei repletum est aquis, parasti cibum illorum.* Y todas desde este Sacramento se reparten en raudales de abundantes frutos: *A mensa hac* (dixo la boca de oro del Chrysost.) *prodit fons, qui fluvios spirituales diffundit.* A este, pues, Divino Nilo no intente vana curiosidad averiguarle su origen, escudriñar sus Misterios, explorar el admirable modo de sus infinitos milagros. Adorelo la Fé escondido, pues que ya por sus efectos se nos dá à conocer, por sus beneficios se nos descubre, por nuestro provecho se nos manifiesta: *Fide creditur, & utilitate sentitur,* dixo San Basilio. Lo que la Fé elega confiesa, el provecho mismo lo siente, los

efectos dicen bien claro al alma lo que ocultan los Misterios. A la manera que un ciego puesto al Sol, aunque no lo vé, el calor le avisa lo que en los rayos no mira. Y pues que en este divino fecundo Nilo hemos hasta aqui adorado solo sus escondidos Misterios, ya mejor se nos dá à conocer por sus admirables efectos.

Mas para expresarlos todos solo pudieran juntos decir como los han sentido los Bienaventurados, aquellas almas dichosas, que en tan subidos sentimientos hallaron en este Pan Divino todos los bienes, todas las gracias, todas las virtudes, aquellas que ya en el rostro de Dios conocen quantas por este Sacramento fueron sus ventajas, sus luces, sus elevaciones. Mas para hablar solo de los efectos mas principales que causan en el alma este Soberano Sacramento, su Magstad misma nos dió la norma quando asi nos lo instituyó en comida, y bebida. Dá la razon al punto con el Concilio Florentino el Angelico Doctor Santo Tomás: *Omniem effectum,* (dice) *quem cibus, & potus materialis facit quantum ad vitam corporalem, quod scilicet sustentat, auget, reparat, & deletat; hoc tantum facit hoc Sacramentum quantum ad vitam spirituales.* ¿Qué efectos hace en el cuerpo la comida? Lo sustenta, lo aumenta, lo repara, y lo deleyta. Esos, pues, mejor en el alma son los efectos de esta divina comida: mas para hacerlos, primero ¿qué es menester? Que el manjar se una de modo al cuerpo, que se haga con él una misma cosa. Tanto en lo material hace la nutricion, que manjares tan diversos convertidos en carne, y en sangre los que antes eran tan distintos, son ya nuestro mismo cuerpo; los que antes eran manjares muertos, ya quedan animados, y vivificados con nuestra misma vida. Este es, pues, el primero, el principalísimo efecto que en el alma que dignamente lo recibe hace aquel Pan Sacramentado, convertir como manjar vivo al alma en sí mismo, no convertirse él en el alma, sino convertir al alma en el mismo Dios: *Nec tu me mutabis in te, sed tu mutaberis in me,* dixo el grande Agustino. Y si hay fé, si hay agradecimiento, si hay consideracion, ¿qué mudanza es esta tan estupenda del barro, de la miseria, de la nada, à toda una Divinidad? ¿Qué union es esta tan admirable del hombre con Dios no en el alma solo, sino en el cuerpo, que no hallan voces con que ponderarla todos los Santos Padres? ¿Qué unidad, ¡que nos hace concorpóreos de Christo, consanguíneos del Hijo de Maria, Deíficos, y Deiformes? voces todas, que quanto pasman al entendimiento aun al considerarlo, infinitamente mas elevan, y subliman à una alma al conseguirlo.

Dexa esta union al alma con Christo, ¿cómo? Como si à una cera derretida se le mezcla otra cera, dice San Cyrilo: como la levadura queda incorporada en todo el pan, dice el Nisenio: (*Orat. catech. 37.*) como una gota de agua que

da en el vino confusa, y anegada, dice San Pascasio: (*Cap. 12. de Corp. & Sang. Dñi.*) como el hierro embestado del fuego, que resplandece, luce, y quema, dice San Damasceno: (*lib. de Fid. cap. 14.*) como el vástago, que ingerto en el frutal se anima de jugo, se une à su tronco, y lleva su fruto, dice Santo Tomás: (*Op. de Sac. c. 20.*) como el brazo, en fin, unido à la cabeza forma con ella un cuerpo, dice San Pablo, ¿quién no se pasma al oír las que parecen ponderaciones, y son puras verdades de Fé? ¿qué asi queda el alma del que comulga con union real, union verdadera unida con el mismo Dios? *Nec fide sola, sed re ipsa,* que dixo el Chrysostomo. (*Hom. 83. in Mat.*) Ese es, pues, el primero, el principalísimo efecto de este Sacramento en el alma que dignamente le recibe; ese es el efecto primario de esta divina comida à unir. Mas dice el Concilio Florentino: aunar, hacer una el alma en Christo: *Effectus hujus Sacramenti est adunatio hominis ad Christum.*

Acababa una vez de comulgar Santa Matildis, y apareciendole el Señor, le pareció que sacándole su corazón, y deritiendolo, lo echó el Señor en el suyo; de modo, que de ambos corazones quedó hecho un solo corazón. Y de este modo le dixo el Señor, de este modo deseo yo que todos los corazones de los hombres se hagan uno con el mio. Mas, ¡oh, Señor! que si para eso se han de derretir primero los corazones, ¿qué harán corazones de piedra, corazones duros, corazones empedernidos?

¿Qué favor es este, almas, à que asi tan rebeldes nos resistimos? ¿Qué fineza es esta de Dios? Si à una persona de las que están presentes, y me oyen, à ella sola, digo, la levantarán los Angeles siete veces al dia à oír la música de los Cielos como à Santa Maria Magdalena: si le imprimiera nuestro Redentor sus llagas como à San Francisco: si le rociara los labios con la leche de los virginales pechos como à San Bernardo: si le regalara con la preciosa Sangre de su mismo Costado como à Santa Lugurdis: si à una sola persona hiciera todos estos favores, y todos quantos de este genero ha hecho Dios à tantos Santos, ¡valgame Dios! ¿qué asombros, qué admiraciones, qué pasmos nos causará! Pues mira, alma, mira hombre, mira muger, mira pobre esclavita, mira esclavo desechado, que mayores favores te hace Dios que todos estos quando dignamente comulgas. ¿Mayores? Sí: mas que si te imprimiera sus llagas, mas que si te concediera chupar los mismos virginales pechos de Maria, mas que si aplicara tus labios à su Costado mismo. Mas, mas quanto es infinito mas, quedar uno, quedar unido, quedar transformado en el mismo Dios. ¡Oh, si lo pensáramos, cómo abismado el entendimiento levantaria volcanes de amor nuestra voluntad!

¿Mas unido asi este manjar divino se queda

en eso solo? No, que como en el manjar del cuerpo, mejor en este del alma, se van siguiendo por efectos los indecibles provechos: *Sustentat, auget.* Sustenta la vida del alma con la gracia, con la gracia la aumenta, y la hace crecer. Todos los Sacramentos dán la gracia; pero éste con excesos indecibles la aumenta como el que contiene en sí toda la gracia, y la fuente misma de la gracia. Al no comer el cuerpo ¿que se sigue? El desmayo, la flaqueza, la caída, y aun la muerte. Eso, pues, es lo que estorba la comida, dando vigor, dando aliento; por eso, pues, decimos que sustenta. Asi, pues, este Pan divino, dándole al alma el mejor de la gracia, es el que le sustenta la vida: que si este alimento divino le faltara, ò se enflaqueciera de modo que se acercara à la muerte. Los animalillos que no tienen sangre, dice Arist. (*de Long. Vit. cap. 3.*) que son de cortísima vida, y con todo eso la abaja vive aun mas que otros que tienen sangre. ¿Por qué será? Porque se sustenta, dice el Filósofo, de un manjar tan saludable como es la miel; ésta la suple el defecto de humedo, y de cáldido que en la sangre le falta, y asi le mantiene la vida. ¿Cuánto mejor, pues, aquella miel, que contiene del Cielo las dulzuras, mantendrá la vida del alma? Ni la mantiene solo, sino la aumenta, *auget:* haciendola crecer con repetidos auxilios, ya en la Fé, ya en la Esperanza, ya en la Caridad, y ya en todas las perfecciones, y virtudes; tanto, que afirmaba de su experiencia sin duda Santa Magdalena de Pazzis, que una sola Comunión bien hecha bastaba para hacer una alma santa.

Mas como no cesando el calor natural siempre de consumir, en lo mismo con que sirve à la vida tira à la destruccion; por eso el corporal alimento sirve tambien de reparar sus quiebras, de restaurar sus daños, *reparat.* Y asi mejor este manjar divino repara en el alma las quiebras como sustento, cura los daños como medicina, y preserva de los venideros achaques como antidoto; quiero decir, que limpia el alma de las culpas veniales que la afean, y que la enferman, la purifica de las imperfecciones. Y aun dice mas, atiendanme los pusilánimes, dice Santo Tomás (*3. p. q. 79. art. 3.*) con el comun de los Teólogos, (*Suar. ibi à p. 73. sect. 2.*) que quando una alma, habiendo cometido una culpa mortal no se acuerda de ella, ò no la conoce, que no la acusa su conciencia, y que con buena fé arrepentida, aunque sea solo con atricion, se llega à recibir este Divino Sacramento, en este caso la limpia del pecado, le dá la gracia. ¡Oh, almas vanamente inquietas, por vanamente temerosas! ¿Que me parece que no me he confesado bien, que no me explico, que no estoy bien dispuesto! Si hecha la prudente diligencia la conciencia no acusa, ¿para qué son inquietudes tan inútiles con que solo tira el demonio à privaros de este Sa-

ramento? Mirad, mirad; semejantes inquietudes padecía una alma tan pura como Santa Gertrudis. (*Lib. 4. in fin. cap. 18.*) Oíd el suceso. En una fiesta de la Santísima Virgen, arrebatada en espíritu, recibiendo grandes favores de la Señora, y de otros Santos, ella encogida dentro de sí, mirando sus imperfecciones, y negligencias, pareciale que siendo del todo indigna no podía corresponder à aquellos favores. Y el Señor entonces, mirandola benigno, y vuelto à su Madre, y à los demás Santos: ¡no os parece, les dixo, que yo he emendado bastante para vosotros los defectos de esta alma quando ella me recibió en mi Sacramento? Y mucho mas que bastante están emendados, respondieron todos. ¿Te basta, Gertrudis? le dixo el Señor; y ella: si me bastará, Señor, sino solo las pasadas negligencias, si no tambien me quitarás las veridicas, pues conozco mi fragilidad en caer. Pues yo, le dixo su Magestad, de tal modo te me daré, que no solo las pasadas, pero aun las veridicas imperfecciones te quite; y quedó alentada con esto. Asi con esto se alentaban tambien muchas almas, que deseosas de los agrados de Dios en sus inútiles temores, se ponen à si mismas sus peligros.

Asi, pues, como el Arca del Testamento al pasar el Jordán, detenidas las unas aguas dexó correr las otras al mar muerto; asi tambien este manjar del Cielo no solo limpia, borra, y quita del alma las pasadas culpas, sino que para las veridicas, sirviendo de saludable antidoto, fortalece, y preserva, ò ya amedrentando, y deterrando con su presencia al demonio para que no logre los tiros de sus tentaciones: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos, qui tribulant me.* (*Ps. 22.*) haciendonos con aquel Pan divino terribles, y espantosos à los demonios, dice San Chrysostomo; *Ab illa mensa veceadamus facti diabolo terribiles!* O ya mitigando con su divino rocio de la irascible las perturbaciones, de la concupiscible los ardores, de el fomite de nuestra carne las llamas. Aquel que à los tres niños del horno de Babilonia les convirtió en suave maréa sus incendios, en jardin apacible sus llamas; cómo no templará de nuestra carne todos los perversos ardores? Diganlo experimentados los que por su dicha frecuentan este Santísimo Sacramento. Si alguno vé templada su ira, dice San Bernardo, sosegada la embidia, dormida la lascivia: *Gratias agat corpori, & sanguini Domini.* (*For. 1. in Can. Dñi.*) de las gracias, y logre frecuencias de este Divino Sacramento. El ciervo jamás padece calentura, y por esto dice Plinio que acostumbando en Roma algunas mugeres à comer todos los dias de su carne, se libraron por muchos años de padecer fiebre: *Quasdam, nos principes feminas scimus, omnibus diebus carnem cervi degustare solitas, longo ævo curuisse febribus.* (*Lib. 8. cap. 32.*) Denle à esto el credito

que quisieren, mas yo sé del todo cierto, que comiendo de las carnes de aquel mejor cervatillo de los campos, nos libraremos de las fiebres de todas las pasiones. De un Mancebo refiere nuestro Paulo Berri, (*Trat. 6.*) que viendose gravissimamente tentado de la luxuria, despues de varios medios, por consejo de su Confesor huvo de casarse; y si bien se mitigó aquella pasion, pero padeció en el matrimonio grandisimos trabajos. Enviudó, y volvió su batalla en la lascivia, hasta que un Confesor le aconsejó que frecuentara este Santísimo Sacramento. Fuéolo haciendo, y sintiendo en sí tal quietud, tal sosiego, tanta paz del alma, que suspirando, decia: Ah, para qué yo me casé nunca! ¿cómo no hallé en mi primer batalla quien me aconsejara esta divina frecuencia? Ah, si desde aquel tiempo hubiera yo encontrado un Confesor que me hubiera dicho lo que éste, ni yo hubiera perdido tanto tiempo, y fuera yo hoy quizá compañero de los Angeles! Pero aquello sin duda le convino à él como à nosotros todos este aviso, que para todas las tentaciones, sean las que fueren, no hay remedio como frecuentar este Divino Sacramento, que asi fortalece, y repara, *reparat.*

Por ultimo, segun la disposicion, deleyta, y llena el alma de dulzuras. Tarde llevo à este efecto, que con tantos excesos han gozado innumerables almas: Manna escondido, que teniendo en sí los sabores todos, solo lo puede conocer quien lo gusta: *Quod nemo, nisi qui accipit;* y todo para dar al alma por el ultimo efecto la eterna vida de la bienaventuranza: *Qui manducavit hunc panem, vivet in eternum.* Allá nos encaminan todos los demás Sacramentos con la gracia que dan; pero este les dá à los que dignamente le reciben, especial gracia, y particulares auxilios para la final perseverancia, en que está la eterna dicha de la Gloria. Refiere Jacobo de Voragine, (*Serm. de Bach.*) que el grave, y antiguo Padre San Hilario tenia, entre otras, una doncellita de gran virtud, hija suya de confesion; comulgaba à menudo, y alentaba el Santo diciendola, que le tenia un esposo castisimo, y santisimo, en cuya compañía se habia de alentar mucho en las virtudes. Alababasele tanto, que ella ansiosa deseaba conocerlo, y à sus instancias le dixo un dia, que se preparase con gran diligencia para comulgar, y luego se lo mostraria. Previnose la santa doncella con una sencillez de Paloma; llegó al Altar, mostróle el Santo Prelado aquel Santísimo Sacramento, diciendole: Hija, este es tu Esposo, y con este se ha de unir intimamente tu alma, sin tener ya voluntad, ni aficion à cosa alguna de la tierra. Quedó ella arrebatada al oír esto en ansias de su amor. Y vuelta luego, acabando de recibir aquel Divino Pan; allí en la misma Iglesia, con una suavidad, y dulzura inefable, dió su espíritu à su Criador, subiendo al tálamo de la Gloria, y oyóse en to-

do el Templo una música suavísima, que mostró bien como el Cielo celebraba sus bodas. Y si este es el fin adonde nos lleva tan Divino Sacramento, ¡oh! y sepamos lograr sus frutos, de modo que los coronen los eternos gozos de la Gloria.

## PLATICA VIII.

De qué provenga que no logren muchas almas todos los admirables efectos de la Divina Eucaristía.

A 27. DE JUNIO DE 1694.

La admiracion, hija de la ignorancia, es madre tambien de que nace la sabiduría, por que de lo que por ignorarlo se admira, se sigue con mas curiosidad averiguarlo, y de su averiguacion se logra su noticia: *Propter admirari cœperunt omnes philosophari,* dixo el grande Aristoteles. Una admiracion, pues, que suspendió atónito todo el grande entendimiento de Salomón, es la misma que hoy ataja, y suspende toda mi ignorancia. Ojalá, y de su averiguacion saquemos el provecho de la mayor sabiduría. ¿Cómo puede ser, dice aquel mayor Sábio del mundo, que esconda un hombre en el seno una brasa encendida, y que no ardan sus vestidos al punto en vivas llamas? Tener el fuego en el pecho, y sin quemarse, ocultar una aqua en el vestido, y no arder todo; ¿cómo puede ser tal prodigio? *Namquid potest homo abscondere ignem in sinu suo, ut vestimenta ipsius non ardeant?* (*Prov. 27.*) Asi suspenso se admiraba Salomón. Asi atónito mejor se páma mi discurso: aquella mas viva aqua que en el Trono de Dios vió Isaias, aquel encendido fuego, aquella ardiente brasa es la que metemos nosotros en nuestro seno, es la que intimamos en nuestro corazon con el Divino Sacramento del Altar, la llama toda de un Dios, el fuego mismo de toda la Divinidad: *Deus noster ignis consumens est.* (*Damasc. lib. de Fid. c. 14.*) ¿Cómo, pues, no ardemos? ¿Cómo no nos abrasamos? ¿Tanto fuego en el seno? ¿Pues dónde están nuestras llamas? ¿dónde nuestros ardores? Oh, si esta justa admiracion ocupara nuestros entendimientos; cómo despues de vernos convencidos quedariamos mejor aprovechados!

Explicome mas, porque de entender bien este punto pende el gozar de aquel Divino Sacramento los imponderables provechos. Si allí el Cuerpo, y Sangre del Hijo de Dios tiene por efectos suyos no solo unir consigo mismo al alma que dignamente lo recibe, no solo aumentar en ella la gracia, sino tambien purificarla de imperfecciones, fortalecerla à los combates, alentarla à las virtudes; ¿cómo con todo eso vemos, experi-

mentamos, sentimos, que tantas almas que lo frecuentan, que reciben muy à menudo este Pan Divino, aprovechan tan poco en la virtud, tan poco adelantan en la perfeccion, que despues de ciento, y de doscientas Comuniones se quedan como antes eran, sobervias, impacientes, y vanas, tibias, parleras, y en todo divertidas? ¿De dónde puede venir esta desdicha? ¿de parte del Sacramento, ò de parte de quien lo recibe? ¿No es aquel Pan de los Angeles el que en sí contiene todas las gracias, y todas las virtudes? ¿No es allí el mismo Christo el que à manos llenas reparte sus favores? *Qui dat omnibus affluenter.* (*Jac. ep. c. 1.*) ¿No es el que con aquel Sacramento vino à encender el fuego de su amor en las almas? ¿No es ese todo su deseo, no son esas todas sus ansias? *Et quid volo, nisi ut accendatur?* ¿No es este Sacramento Divino aquel fuego, que solo al tocarlo al acabar de consagrar, y al levantar la Hostia Santo Domingo de Guzmán se elevaba en el ayre tan cercado de llamas, que solo à su contacto todo parecia de fuego? *Et ab igne, quo intus ardebat, corpus ejus subvectum veluti in ignem convertitur.* ¿No es este fuego Divino el que muchas veces al consumir la Hostia San Francisco de Borja, le hacia echar de todo su rostro vivas llamas? *Ad consummenda mysteria ita incauisset, ut etiam vultus ignesceret,* dice nuestro Saquino. (*Hist. 2. p. pag. 400.*) ¿Cómo, pues, este fuego no levanta la llama en nuestros corazones? ¿Cómo estos favores no se sienten? ¿Cómo estas gracias no se experimentan? ¿Cómo vemos, en fin, que no pocos que lo reciben cada ocho dias, ò cada tres, ò todos los dias, con todo eso este fuego divino no consume el humor resvaladizo de las lenguas, el viento inutil de la vanidad, el nocivo calor de la ira, las precipitadas palabras de la impaciencia? Este Divino Sacramento que hace por otra parte tantas maravillas, ¿cómo así en las almas que lo reciben, ò todos los dias, ò casi todos se les dexa como antes, tibias, divertidas, impacientes? ¿Cómo este fuego en el seno no arde siquiera en los vestidos? Esta es, Católica, mi admiracion; mirad si es justa: este es mi asombro; mirad si es bien fundado.

No hablo, pues, ahora con los que muy de tarde en tarde, con los que cada año reciben este Sacramento; que de esos desde luego conozco el origen de su desventura, y temo que no sean heno preparado para el Infierno, leña seca para arder en eternas llamas: *Percussus sum ut fanum, & aruit cor meum,* dice en nombre de estos David. (*Psal. 100.*) Estoy marchito, y helado; como el heno se ha secado mi corazon; y por qué? *Quia oblitus sum comedere panem meum;* porque eché en olvido comer mi pan. Un año entero sin comer, ¿cómo estaria la vida del cuerpo? Y sin aquella su unica comida, ¿cómo estará en estos la vida del alma? Yá lo dicen sus rotas costumbres, su per-

dicion, y sus escandalos. Ea, que con esos no hablo, ni hablo con los que reciben (si es que tal atrevimiento puede haber en quien tiene Fé) no hablo, digo, con los que indignamente reciben aquel Sacramento en pecado mortal; ¡Oh, Dios! ¿Qué he de hablar, si les habla à la conciencia patente su condenacion? *Judicium sibi manducant, & bibunt.*

Hablo, pues, con los temerosos de Dios, con los hijos de su casa, con los amigos de su mesa: aquí está lo vivo de mi admiracion: ¿cómo no llevando conciencia de pecado mortal, con todo eso no vemos en sus mejoras, en sus adelantamientos, en sus virtudes, de este Divino Sacramento logrados los efectos? Ciertamente es que los que así sin conciencia de pecado mortal lo reciben consiguen el principal efecto, que es el aumento de la gracia santificante, en esto no hay duda; pero las demás gracias actuales, auxilios, quiero decir, que allí dá el Señor al alma para refrenar las pasiones, para mejorar los afectos, para consumir los vicios, para aumentar las virtudes, ¿cómo no los vemos logrados? ¿Cómo las imperfecciones duran? ¿Cómo las culpas veniales permanecen? ¿Cómo con la misma salud no estamos sanos? ¿Cómo con la misma luz no estamos lucidos? ¿Cómo con la misma santidad no estamos Santos?

Ea, basta de admiracion, y de preguntar, basta. ¡Oh, si dieran las respuestas nuestras propias almas! Mas por todas las dió el Señor con una admirable comparacion à su querida Esposa Santa Catalina de Sena: (*Dial. c. 110.*) ¿Si tú, hija, la dixo, tuvieras encendida una candela, y todo el mundo llegara à encender luz en ella, no repartiría la luz, y el fuego sin disminuirse? Yá lo ves. Ahora, pues; ¿pero si los que iban llegando, unos traian unas candelitas pequeñas de quatro onzas, otros velas de à libra, otros cirios gruesos, y grandes, aunque todos llevaban luz, y fuego, no te parece que mas luz, y mas fuego llevaria el que traxo un cirio de seis libras, que el que traxo una candela de quatro onzas? Yá se vé. Así, pues, sucede en mi Sacramento, en los que sin conciencia de pecado mortal lo reciben: todos llevan la luz, y el fuego de la gracia; pero el llevar alguna tan poca luz, tan poco fuego, su disposicion lo hace, su corta preparacion: *Tantum ergo percipitis ex isto lumine, quantum vos disponitis cum sancto desiderio ad recipendum.* Cese, pues, nuestra admiracion, sino experimentamos la luz mas crecida, y el fuego mas ardiente de este Divino Sacramento por nuestra corta disposicion, porque llevamos unas candelas, en que apenas puede tenerse la llama.

Individuo mas estos defectos de disposicion à los temerosos de Dios; y no hablo ahora de la disposicion, precisa, y necesaria para recibir en este Sacramento la gracia, que de eso hablaré

despues; solo hablo de la disposicion para recibir mayor provecho, para crecer en la virtud, para llegar à la perfeccion. Tres pueden ser las causas de tanto malogro de repetidas Comuniones. La primera, la falta de consideracion con que nos llegamos à comulgar, tan sin pensar lo que hacemos, tan sin hacer concepto de qué manjar es el que recibimos, tan divertidos à lo exterior los cuidados, tan barajadas con los negocios de la casa, y de la hacienda las atenciones, que ni la Fé se excita, ni la memoria se acuerda de qué beneficio es el que recibimos. ¿Qué mucho es, pues, que no sienta luego el alma con mayor eficacia sus provechos? Por eso el lobo, que es el mas comedor de los brutos está siempre magro, y flaco, dicen los Naturales; porque siendo tan comedor, y tan voraz, no masea la comida, sino que à toda prisa, la engulle, y así nunca le entra en provecho. Y si lo mismo sucede en la material comida del cuerpo, que es menester su primera digestion maseandola; este Pan, que es de la vida, y de entendimiento: *Panis vite, & intellectus*, la consideracion ha de ser la que lo mastique, pensando antes de espacio, ¿quién viene en el Sacramento, à quien viene, cómo, y con qué fines viene? Si esto se pensara despacio, ¡oh, cuáles serian en cada Comunión nuestros provechos! El Manná yá saben todos que tenia de todos los manjares los sabores, mas para que à cada uno le supiera à lo que queria, habia con eso de pensarlo antes: quiero que me sepa à tal manjar, porque si nada pensaba à nada le sabia; ¡Oh, qué de Christianos se llegan à la Comunión, se ponen de rodillas, se dan golpes de pechos, reciben al Señor! y à todo esto ni el menor pensamiento de lo que hacen, ni un solo acto de Fé, de qué es lo que reciben! de modo, que se les puede decir: *Vos adoratis, quod nescitis.* Yá por costumbre, yá por uso, libritos, que yá se leen de memoria, y à todo esto divertida el alma, agena de lo que hace. ¿Cómo pues, sentirá el sabor de lo que come? Aun en lo natural no sé qué saynere dá al gusto saber, ó lo precioso del manjar, ó lo costoso de la vianda. Por eso aquel monstruo, vil esclavo de su vientre, Hellogabalo, hacia que al ponerle el plato le dixeran quanto habia costado, haciendo el valor del gusto picante del apetito. Y si pensáramos quanto le costó à Dios darnos aquella vianda, ¿quanto seria al comerla nuestro gusto? Si un amigo, si una persona de nuestro cariño nos envia à la mesa un plato, por eso solo se nos hace mas gustoso; pues si consideramos, qué amigo es el que nos hace allí el plato, ¿quáles serian allí nuestras delicias?

Mas no solo esta falta de consideracion la causa de nuestro poco provecho, sino lo poco tambien que consideramos nuestras pasioncillas, nuestros torcidos afectos, nuestras bastardas inclinaciones: no hablo de las graves, hablo de

las que se desprecian, de aquellas de que no se hace caso para arrancarlas del alma, y esas son la segunda causa de que no se logren en este Divino Sacramento comados los provechos: *Novate vobis novale*, nos dice Dios por Jeremias, &  *nolite serere super spinas.* Primero es limpiar el campo de las yervas todas, para que la mies crezca; que ¿quién sembrará sobre las espinas el trigo? Si tanto cuida el Labrador de escardar una y otra vez, aunque el trigo vaya creciendo, aunque tenga el riego abundante, ¿cómo afectillos torcidos no se escardan del alma, para que este Divino trigo dé sus provechos? ¡Oh, que no es enemistad la que tengo, que no importa nada, no es mas que un sentimiento! ¡Oh, qué las murmuraciones no son sino ligeras, que esta vanidad no llega à ofensa grave de nuestro Señor! Y aunque no llegue à eso, ¡no bastará à impedir en una Comunión imponderables frutos? No les dió el Señor el Manná à los Israelitas hasta que del todo se les acabó la harina, que habian sacado de Egipto. No gozaron los sabores de aquel Pan del Cielo hasta que ni un almud les quedó del manjar de la tierra. Un Santo Religioso, refiere Barique Gran, siempre que comulgaba, que era cada ocho dias, le comunicaba el Señor una inefable dulzura, que sensiblemente gozaba al recibir el Divino Sacramento. Tuvo éste un disgustillo ligero con otro Religioso; dixole no sé qué palabrilla picante; todo de tan poca importancia, que siendo muy temeroso de Dios, sin hacer caso se llegó el Domingo siguiente à comulgar; pero en vez de la dulzura que antes sentia, sintió yá una amargura grandísima. Conoció la causa, lloróla; y en verdad que aunque la emendó no le volvió el Señor à comunicar mas aquella dulzura, dexandole ese perpetuo lastre de su humanidad. Despreciamos ahora por ligeras, pasiones que de tanto bien nos privan.

Por ultimo: la tercera causa, que no nos dexa lograr con excesos el fruto de las Comuniones, dice no menos elevado espíritu que el de Santa Teresa de Jesus (*Cam. de Perf. cap. 14.*) es, porque despues de haber recibido un Huesped tan magnífico, un Rey tan Soberano, un Dios tan liberal dentro de nuestro pecho, en la ocasion de sus favores, en el punto mismo de lograr sus beneficios, lo dexamos solo, sin detenernos en su compañía un quarto de hora siquiera à darle las gracias, y à lograr sus nuevos favores. Diverrimos al punto nuestros pensamientos, nos volvemos à las conversaciones, y quizá no pocos como Judas, levantándose en el bocado en la boca, vuelven las espaldas à Dios. Este es el tiempo de negociar con su Magestad todos los bienes, decia Santa Teresa; esta es la ocasion tan preciosa, que no hablamos de perder en ella ni un atomo mientras el Señor, hablando al alma mas intimamente que nunca, con una de sus palabras puede entonces salvarle: *Cum mansuetudine suscipite inquit verbum,*

*quod potest salvare animas vestras.* (*Jac. 1. v. 21.*) Esta es la particita del dia, en que puede estar nuestro dia eterno, aquel rato inmediato à la Comunión: *Particula boni doni non te pretereat.* (*Eccl. c. 14.*) ¿Qué bendiciones, qué felicidades no llenaron la casa de Obdedon, porque se detuvo en ella por tres meses el Arca del Testamento? ¿Qué salud, y qué vida no se le siguió à la casa de Zaqueo por un rato que tuvo al Señor à su mesa? ¿Qué no logró de dichas la Samaritana por una breve conversacion solo à solas con este amabilísimo Peregrino? ¿Pues qué bienes no recibirá el alma, si sabe lograr la presencia de este Divino Huesped? Si pusieran en tus manos la llave de todo un tesoro dandote un quarto de hora para sacar quanto quisieras, ¿qué prisa te darias à sacar mis, y mas? Pues darte Christo su mismo Cuerpo, ¿qué otra cosa es, sino darte las llaves de sus tesoros? Avira entonces la Fé, excita la Esperanza, enciende la Caridad; y dandole gracias, pidele favores, representale todas tus necesidades de alma, y de cuerpo; dile con humildad, besandole sus pies: No te dexaré, Señor, ir de mi casa sin que me echés tu bendicion. Ofrecele entonces corregir aquel defecto en que suelen caer, reprimir aquella pasioncilla que te suele predominar; propone yá moderar las palabras desde aquella à la siguiente Comunión; yá mortificar los afectos, yá vencer este, ó aquel apetito: regalate un rato siquiera con lo que es el regalo de los Angeles. Y siendo así, yo aseguro, que llenando cada Comunión el alma de muchos bienes, destiernen las Comuniones del alma todos los males, y cese la admiracion, ó la queja de que tan poco aprovechan las Comuniones.

La Beata Maria de Victoria, Fundadora de las Monjas Celestinas, tuvo esta especial devocion despues de comulgar, (*Hautz. num. 633.*) que siempre en accion de gracias, despues de pedirle al Señor sus beneficios, le proponia con veras de emendar algun especial defecto, ó imperfeccion de su vida. Con este cuidado, empeñado tambien el Señor en darle sus auxilios, fue sobiendo de grado, en grado de perfeccion, de modo que algunos años antes de su muerte, buscando que proponer, yá no hallaba qué; y deseosa de ofrecer à su Magestad algun acto muy heroico no sabia qual; quando oyó que le dixo dentro de su alma el Señor: *Ani me sicut te amavi.* Ofrece el amarne como yo te amé; ¿cómo puede ser, si el tuyo para mi fue un amor de un Dios, fue un amor infinito; y el mio es un amor apocado, un amor de un corazoncillo de carne? Ese, le dió el Señor à entender, será como el mio, si nada, nada le quedare de amor de la tierra, si todo, todo lo pusieres en mi. Con esto, quedó llena de regocijo, y prosiguió cumpliendo su promesa. Y yá, si la falta de consideracion, si el descuido de arrancar del alma los afectillos torcidos, si la ingratitud en reconocer siquiera por un bre-

ve rato este beneficio, son las causas que nos impiden lograr colmados sus provechos; aliento, almas, à tan felices diligencias, y con ellas crezcan los frutos, suban las virtudes, aumentense los meritos, que ya desde esta vida adelanten la Gloria.

## PLATICA IX.

De la disposicion necesaria para recibir dignamente la Santisima Comunión.

A 4. DE JULIO DE 1694.

Entre la muerte, y la vida média nuestra voluntad. ¿Quién creyera, que de tales extremos, teniendo tan en su mano la vida, coja uno por sus manos la muerte? Así sucede; y si parece al entendimiento imposible por la razon, lo vemos en la voluntad muy facil por su ceguedad, cuya disposicion es la que de la misma fuente de la vida hace no pocas veces funesto origen de la muerte. La rosa, y apacible hermosura de los prados, le ministra à la abeja para su panal dulzuras, y esa misma al escarabajo le sirve de mortal veneno. El bálsamo preservativo siempre de corrupcion, si halla el cadaver ya empezado à podrir, es el que lo acaba mas aprisa de corromper. El Sol que derrite la cera ese mismo endurece al barro. El pan, sustento de los hombres, es tóxico que mata à los Alcones. En un combite en fin, donde se sirven unos mismos manjares, siendo de regalo, y provecho à los unos, al otro por su indisposicion le dá principio de la enfermedad con que muere: *Nil prodest, quod non ledere possit idem*, dixo bien el Profano. ¿Qué mucho, pues, que aquel manjar Divino, en que un Dios vivo nos previene, y nos dá la vida, ese mismo sea tambien para muchos la mas terrible muerte? ¿qué la misma vida de un Dios sea la muerte tambien de tinieblas eternas! *Mors est malis, vita bonis*. Vide paris sumptionis quam sit dissipar exitus. ¡Oh, horror el mas estupendo que puede concebir el entendimiento! ¿Qué de dos hombres, que aun mismo tiempo, que en un instante mismo, puestos en aquella rexilla reciben aquel Santisimo Sacramento, el uno quede desde allí con el juicio, hecho con la sentencia dada de su eterna condenacion! ¡el otro con la corona puesta, con la diadema aparejada de su eterna gloria! el uno oliendo à muerto para eterna muerte: *Aliis quidem odor mortis in mortem*; el otro con las fragancias de un Parayso, para un vivir perdurable: *Aliis autem odor vite in vitam*. (Paul. 2. ad Cor. 1. v. 16.) ¿Qué es esto? ¿Un mismo manjar efectos tan contrarios? Que ha de ser, que un mismo fuego hace de la paja cenizas, y al oro le levanta los quilates; que un mis-

mo vino al sano le fortalece las fuerzas, al ca-  
lenturiento le consume los espiritus, y que la dis-  
posicion, en fin, es la que distingue tan prodigi-  
osamente de este Divino Pan los efectos, que  
nuestra voluntad es la que hace que la misma vi-  
da nos sirva de la mas lastimosa muerte.

Ya, pues, si tan en nuestro querer están, ò todos los tesoros de Dios, ò del Infierno todos los tormentos, ò toda la bienaventuranza, ò la eterna condenacion, ò la vida, en fin, que no se acaba, ò la muerte que nunca se termina; ¿qué disposicion será de nuestra parte la que nos haga tan dichosos? ¿Qué preparacion la que abriendo las puertas del alma la dé à gozar con una vida Divina todas las delicias de un Dios? Ese es el punto que se nos sigue de Doctrina, y el punto de que pende la dicha, ò de desdicha toda una eternidad en el lógro feliz, ò el malógro de la Santisima Comunión: hablo con distincion, porque lo pide tan grave materia. Una es, pues, la disposicion que sería conveniente; otra la disposicion que es del todo necesaria. Y si de la conveniente hubiera de decir lo que debo, solo pudiera, pres-  
tandome sus lenguas los Serafines para darla à entender como ellos se la explicaron à la Beata Angela de Fulgino, à la Beata Margarita de Cortona, y otras almas que sobre purísimas, aun tuvieron para este Sacramento que adelantar aseos, que pulir delicadezas, y que relevar perfecciones. Solo pudiera expresar qual preparacion convenia, si me prestara sus labios el mismo Salvador del mundo, con que se la enseñó à una Santa Catalina de Sena, à una Santa Matildis, Gertrudis, y otras, que quando mas abrasadas en ardor de caridad, aun tuvieron todavía que adelantar para hacerse dignas. Solo pudiera dar à entender, ¿qué pureza sería conveniente preparacion, si el mismo Eterno Padre me prestara aquella voz, con que enseñó à prepararse à una Santa Magdalena de Pazzis, toda viviendo en la carne como puro espiritu, toda en la tierra habitadora ya de la Gloria?

*Opus grande est*; (me dá ya aqui sus palabras David) *neque enim homini preparatur habitatio, sed Deo*. Todo atónito à preparar en su idea aquel gran Templo, no cabiendole en el entendimiento la grandeza, la perfeccion, los adornos que eran convenientes, prorrumpia: *Obra grande, empresa imponderable*; porque no es casa la que dispongo para algun Principe, ò Rey de la tierra; es Palacio para que habite Dios, obra grande. Y si para esto fueron las riquezas: la magnificencia, el oro, la plata, los adornos mas bellos de la idea, los primores mas subidos del arte en aquel Templo que solo dedicado à Dios en él se habia de colocar el Arca; para un Templo vivo, en que con Real presencia ha de entrar el mismo Dios, ¿qué preparacion será conveniente? Pasma al considerarlo. ¿Qué no echó Dios de resto de pureza, de abismos de gra-

cias

cias en MARIA? ¡Oh, Dios inmenso! ¿quién bastará à decirlo! ¿Y todo para qué? ¿Para qué hizo Dios estos gatos tan infinitos? ¿Para qué empenó toda su Divinidad en estos adornos tan inmenso? ¿Para qué? Solo para prevenir à MARIA, para prepararla, para hacerla digna de recibir en sus Entrañas al Hijo de Dios. Así lo reconoce, y así lo confiesa la Iglesia: *Omnipotens semperterne Deus, qui gloriosa Virginis Matris MARIE, corpus, & animam, ut dignum Filii sui habitaculum effici mereretur, Spiritu Sancto cooperante preparasti*. ¿Solo para recibir à Dios tanta pureza en MARIA, tanta perfeccion, tanta gracia?

¿Cuál, pues, convendría que fuese para recibir este mismo Dios nuestra pureza? ¡Ojalá, exclamaba aqui el espiritualísimo Venerable P. Juan Eusebio Nieremberg, (l. 3. c. 11.) ojalá, y antes de recibir este Sacramento precediera el purgatorio que no dexara en el alma ni la mas leve sombra ni la mas ligera culpa. Y donde aquel deseaba, y bien el Purgatorio, ¿qué sería bien que hiciera nuestro cuidado? Que como un Beato Luis Gonzaga los tres dias enteros desde el Jueves gasára solo en prevenirse para recibir este Señor el Domingo; y que los tres dias siguientes lo gastara solo en darle gracias. Que como una Margarita de Ungría, (*Hist. S. Dom. 1. part. leg. 3. c. 2.*) ayunando las visperas à pan y agua pasase la noche entera en oracion, y el dia luego en mudo silencio; que para este Sacramento nos previnieramos tan solícitos como para la muerte, que cada Comunión la miramos como la ultima desde donde nos habiamos de presentar al punto en el Tribunal de Dios à darle cuenta. Como se prevenia el V. Gregorio Lopez, (*Pal. Comun. n. 17.*) que preguntado una vez, si fuera Sacerdote, qué hiciera? Respondió: hiciera lo que ahora. Replicandole: y para celebrar ¿cómo se preparara? Respondió: como ahora me preparo; y prosiguió, diciendo: si estuviese yo cierto, que de aqui à pocas horas habia de morir, no haria mas de lo que hago; porque yo estoy dando actualmente à Dios todo lo que tengo, y no puedo darle mas, si él por su misericordia no me lo dá; ¡Oh, almas puras, ò almas dichosas! ¿Cómo admitiría en su corazón culpas veniales voluntarias, afectillos torcidos, que todos impiden tanto à la pureza? Esa, pues, sería la conveniente preparacion en lo que nuestras fuerzas alcanzan, un total despego de la tierra: sin que ni el mas leve afecto, no digo venial culpa, manchase al alma; un ardor abrasado de caridad, un ardiente deseo como el que padecia hasta quedar desmayada Santa Catalina de Genova; un cuidado siempre atento, una diligencia siempre solícita como la que traía un San Francisco de Borja.

¿Pero quién podrá con tanto? me dicen ya desmayados los pusilánimes: ¿quién puede llegar à toda esa pureza? Sia la gracia, nadie; con la

gracia, todos; que no eran de otra carne que la nuestra los que nos nombramos. Mas todavía atended, dice discreto San Agustín, (*ep. 118. c. 3.*) que Zaquéo, aunque pecador, pero arrepentido, recibió confiado y gozoso al Señor en su casa; lo-  
gró la salud. El Centurion encogido y temeroso, dixo, que no era digno de recibirlo, y siendo contrarias las voces fueron unos mismos los afectos: *Non litigaverunt inter se Zachæus, & Centurio, cum alter gaudens suscepit, & alter dixit: Domine non sum dignus*. Suplirá, pues, el pecador toda esta disposicion de virtudes, toda esta preparacion de pureza, ¿cómo? Con un acto solo, y ese muy facil. ¿Y cuál es? Un acto de verdadera humildad, un conocimiento verdadero de su indignidad: *Non sum dignus*. Con las dos palabritas breves de San Pedro: ¿*Tú mihi?* ¿*Tú, y à mí?* Tú, Santidad infinita, Pureza suma, Bondad inmensa; ¿à mí, que tan vil he sido, que tan ingrato, que tan desconocido, que tan lleno de imperfecciones y culpas, que tan vacío de meritos? ¿*Tú mihi?* ¿Con qué preparacion te puedo yo recibir? le decía una vez Santa Gertrudis, y respondiòla el Señor: No quiero mas de tí, sino que del todo vacía vengas à recibirme, que todo lo haré yo luego: *Hinc intellexit quod evacuatio illa sit humilitas, quæ se reputaret nihil habere de meritis*. Entendió ella, que aquel quererla el Señor vacía, era quererla del todo humilde, conociendose sin ningún merito para recibir à su Dios. Esta es, pues, pecadores, una preparacion muy facil, conocer nuestras culpas, y por ellas nuestra indignidad: *Domine non sum dignus*.

Esa es, pues, la preparacion conveniente; la que fuera razon que siempre procuráramos. Mas no digo por eso que si falta tanta pureza, que si no hay tan acendrada prevencion, sea sacrilegio ni culpa mortal recibir aquel Santisimo Sacramento: no digo, que si no hay en el alma tanta perfeccion, que por eso dexará de recibir en este Sacramento la Gracia. ¿Cuál es, pues, la preparacion del todo necesaria? En breve: La reverencia, la Fé, y la limpieza de la conciencia. La reverencia, no solo en el alma, sino en el cuerpo, estando desde la media noche en total ayuno natural antes de recibir el Santisimo Sacramento sin probar ni una mija de pan, ni una gota de agua, ni otra comida ni bebida alguna. La decencia luego, la limpieza en el rostro y en el vestido. Limpieza y decencia dixe, no profandad, no desnudeces, no vanidades, que pechos desnudos para venir à comulgar, lo condenan de pecado mortal graves Teólogos; (Joan. Sanc. *Seleñ. disp. 11. num. 22.*) y San Carlos Borromeo mandó santamente en su Arzobispado que à tales escotadas no se les diese la Comunión. Con una sogá à la garganta iba la Beata Margarita de Cortona, quando mereció que el Señor la llamase hija, y con este nombre solo la dexase por todo el dia absor-ta y anegada entre dulzuras. (Boland. *in Vit.*)

San

San Jonás Monge, vestido siempre de un aspero saco para ir á comulgar se ponía una túnica decente y luego se la quitaba; y le duró limpia ochenta y cinco años.

Siguese luego la Fé: que se avive esta llama, que se encienda esta luz á no alumbrar ácia lo terreno, sino hacia Dios solo. Es este Sacramento *Mysterio de Fé: Mysterium Fidei*; y así ha ser la Fe la que lo haga entrar en provecho. Por eso en la primitiva Iglesia, refiere S. Ambrosio, proponía el Sacerdote al que comulgaba, diciendo: *Corpus Christi*, este es el Cuerpo de Christo. Y él confesando la Fé de este Mysterio respondía: *Amen*. Por eso en la antigua España á disposion del tercer Concilio Toledano, los que comulgaban decian primero en alta y clara voz el Credo. Si la Fé se avivara, ¿oh, quáles fueran de este Sacramento los provechos! El cristal graduado, que opuesto al Sol prende fuego, y levanta llama; ese mismo, opuesto contra el Sol delante de una vela encendida, la apaga e *Celesti lumine vincor*. Con aquel Cristal Divino, pues, apaguese la luz á lo terreno; enciendase la luz á lo Celestial. Mas no basta sola la Fe, díñase el Santo Concilio de Trento: (*sess. 13. c. 7.*) *Probet autem se ipsum homo*, nos fulmina el trueno del Apostol, (*1. Cor. 11.*) *Et sic de pane illo edat, & calice bibat*. Pruebase la conciencia; ¿y cómo? Examinando con gran cuidado, con gran diligencia, que nos vá la vida, si hay en el alma algun pecado mortal; y haviendolo, por mas que le parezca que está contrita, debe confesar antes, si no es solo en necesidad tan grave y tan urgente, que le es forzoso el comulgar, y no tiene Confesor. Y si es el mismo Juez que nos ha de juzgar en su tremendo Tribunal, el que entra á mirar lo mas escondido de nuestro corazon: ¿qué hay que buscar sobrepas la pasion, qué hay que fingir pretextos el amor propio? *Probet autem se ipsum homo*. Si se esconden en el corazon, ó el odio solapado, ó el afecto torpe escondido, ó el amor á la hacienda agena que se retiene; ¿oh, Dios, qué de Comuniones temo que sean sacrilegios! Que en vez de entrar en el alma la vida, comen la condenacion: *Judicium sibi manducat, & bibit*. ¿Comer y en el bocado mismo la sentencia, y la muerte? Gotvino, Principe Inglés, habia ocultamente quitado la vida á un hermano del Rey Eduardo; no se probó el delito; pero en el Rey duraba la sospecha. Hizo un convite, y llamó á Gotvino, y entre los manjares declaró el Rey el sentimiento. Yo sospecho, le dixo, que vos fuisteis quien mató á mi hermano, El entonces, haciendo ademanes de estrañeza: ¿yo? dixo, y entre otras ponderaciones, concluyó: este bocado de pan me quite la vida si tal debo. Así fue, porque al llegar á la garganta se detuvo de modo, que ahogado, cayó al punto muerto. (*Hist. Ang.*) Debe un pecador la vida del Hijo de Dios por sus culpas; y si en este convite que le hace aun se conserva en el corazon su traycion escondi-

da, en aquel Pan Divino traga la muerte. ¿Qué he de decir de espantosos castigos, de horribles escarmientos, que desde Judas, primer comulgador indigno, hasta nuestros tiempos han venido llenando las Historias para terror de los sacrilegos, que en pecado mortal se atreven á cometer mayor culpa que Herodes, dice San Agustín; mas horrenda que Judas, dice San Chrysostomo; mas terrible que la que cometieron los Judios crucificando á nuestro Redentor, dicen los Santos Padres; y por todos San Pablo: *Reus erit corporis, & sanguinis Domini*. El que así en pecado comulga, es reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor; Y qué quiere decir que es reo del Cuerpo y Sangre del Señor? *Ac si Christum occiderit, punietur*, explica la Glosa; que será castigado, como si por sus manos hubiera quitado la vida, hubiera derramado la Sangre del mismo Hijo de Dios. Pero tarde llevo á ponderar lo horrendo, lo espantoso, lo terrible de este sacrilegio. Si hay Fé, sobra toda ponderacion, y baste este escarmiento. (*Joann. Brom. num. 35.*)

Dos criados de cierto Cavallero, traían de ordinario enemistad entre sí; y habiendolos el amo reconciliado diversas veces, volvió á crecer mas y mas la enemistad, y á interposicion del amo el uno de ellos fingió reconciliarse con el otro; pero dexandose escondido su encono para lograrlo en teniendo ocasion, llegó en esto la Semana Santa, y con ella la Comunión y sin hacer caso, ni confesarse de esta culpa, llegóse á comulgar; pero luego, remordiendole la conciencia determinó confesarse el día siguiente, y con la dilacion fuesele minorando el escrupulo, y se fue dilatando la confesion de un día en otro. Llegabase ya el día de la Ascension del Señor, y una mañana entrando en el jardin de su casa, le salió al encuentro un negro horrible y feo; obligólo á que luchára con el, y apretandolo entre sus brazos, después de estrujarlo el cuerpo, lo arrojó en el suelo, y puesto sobre él le dió tantas coces que lo molió todo, y dexandolo tan espantoso y abominable como el mismo demonio, con quien habia luchado, le dixo: esto tienes porque comulgaste mal el día de Pasqua. Desaparecióse; y él arrastrando y como pudo fue saliendo hasta la sala, donde viendolo el amo, santiguandose al punto y volviendolo el rostro, le dixo: Malaventurado, ¿de dónde vienes, que estás mas feo que un demonio, y no parece sino que sales ahora del Infierno? No salgo, dixo él, sino que voy allá. Contóle lo sucedido, y acabandolo de decir cayó muerto. Bien merece estar á los pies del demonio, pisado como vil esclavo el que en aquel Sacramento malogra por su culpa el ser hijo de Dios. Y si esta dicha la tenemos en nuestra mano con los auxilios de Dios, que no nos faltan, ¿quién habrá que por su querer escoja el mas terrible Infierno, pudiendo conseguir con excesos tan ventajosos la mas sublime Gloria?

## PLATICA X.

De la obligacion que tienen los Christianos á recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

A 11. DE JULIO DE 1694.

Antiguos sabios creyeron que no podía haber amistad mas segura, union mas firme, que la que entre sí travára la liberalidad y la pobreza, la abundancia, y la necesidad, estendiendo la una la mano, y abriendo la otra el seno: aquella, teniendo en que lograr generosa sus beneficios, y ésta, retornando su socorro en agradecimientos. Así pintaban una reciproca junta, una indisoluble union: en que no faltando nunca por la parte de lo liberal, ¿quién creyera jamás que pudiera quedar por la parte del menesteroso? Entre quien dá, y quien recibe, que por quien recibe falte, ¿quién se lo persuadiría? Solo con Dios vemos cumplido lo que de Dios abaxo se nos hace tan repugnante. Dios, abundancia infinita, liberalidad inmensa, que no desea otra cosa sino dar; y el hombre, todo necesidad, todo pobreza, y que con todo eso con todas sus fuerzas repugna el recibir! ¿Qué genio será éste de la protervia? ¿Necesitar de todo, y solo porque Dios liberal lo ofrece negarse á recibirlo? ¿Cosa admirable! Intímale su Magestad á Adán, que si come de la fruta, sentirá en ella al punto la muerte: *In quantumque die comederis, morte morieris.* (Genes. 2.) ¿Y qué hace? que al instante la apetece, la come, y muere. Ofrece por el contrario, y asegura con su palabra tan firme como divina, que el que comiere el Pan Sacramentado, en él tendrá la vida: *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.* ¿Y qué vemos al oír tal promesa? Repugnancia, dificultades, embarazos, dilaciones, todo por no comer aquel Pan Divino, todo por no lograr en él la vida. De modo, que estando en aquella fruta la muerte, la come Adán tan presto: ¿Y en este Pan toda la vida, tanto se dificulta el comerlo? Pues si la necesidad misma, atractivo el mas poderoso; si la pobreza, aprieto el mas eficaz; si la misma vida, argumento el mas invencible, no nos atrae por sí á recibir en aquel Sacramento todos los bienes de Dios, que nos dá todos sus tesoros, que nos ofrece todo un vivir eterno que nos asegura, ¿qué he de hablar? ¿qué he de decir de la necesidad que tienen los Católicos de la obligacion de recibir este soberano Sacramento? Punto éste raro de nuestra doctrina, cargo el mas imponderable de las almas, y olvido, que tienen tan perdidas las costumbres, tan arraygados los vicios, tan validos los escandalos, tan des poblada la Casa de Dios, y tan lleno de almas el infierno; que tanto viene de la poca frecuencia de la Santísima Comunión, del

olvido con que innumerables, viviendo como brutos, ni se acuerdan del Pan, que es de los escogidos, ni de este sustento, que es de los Angeles.

Bien sé, que defendiendose contra Dios tantos que viven como bestias, no solo se obstinan en sus perdidas costumbres, sino que forman contra la piedad argumentos, contra la misma razon bachillerías, y contra los exemplos santos de los que viven como Christianos, arman irrisiones, y mofas. Dicen, pues, estos desventurados, que la Iglesia una sola vez al año manda comulgar; y que pues así la Iglesia lo dispone, con eso basta; ¿Oh, engañados tan para vuestro daño! ¿no habeis visto quando un enfermo yá debilitado, y sin fuerzas, perdidas del todo las ganas de comer, no arrostra á medicina alguna, ni á manjar? ¿Qué hace entonces el que carifoso le asiste? Después que no valen instancias, persuasiones, ruegos: Éa, le dice, este bocado no mas, por si así lo vence; no mas de esta cucharada, no mas de este trago: ¿no es así? Y pregunto: ¿la madre que tal le dice al hijo, es porque ella no quiere que coma mas que aquello? ¿Es porque se persuade á que aquello solo le baste? No por cierto, no; sino que viendo su terquedad, sus desganas, su caimiento, vales de aquella traza, contentase con un bocado, por ver si con aquello alienta para otro, hasta volverle á recibir las fuerzas; pero en su amor, pero en su deseo, no un bocado, sino muchos quisiera que comiera restaura do del todo á la sanidad.

Eso, pues, le sucede á nuestra mejor y mas amorosa Madre la Iglesia: vé al enfermo tan posurado en sus vicios, tan desgana do por sus apettitos, que á nada arrostra del manjar que le ha de dar la vida. ¿Y qué hace? Viendo que no puede conseguir mas: un bocado siquiera, dice, una vez al año siquiera: *Saltem semel in anno*; á lo menos en la Pasqua: *Ad minus in Pascha*. Pero su deseo, pero su ansia es, de que todos los dias comieran sus hijos este Soberano manjar. Bien claro lo ha manifestado por sus Concilios repetidas veces: El de Trento: *Optaret Sacrosancta Synodus, ut singulis Missis fideles Sacramentali Eucharistia perceptione communicarent*. Así en la Sesion veinte y dos, y en la Sesion trece, con gravísimas, terribísimas, y poderosísimas palabras exhorta, ruega, pide por las entrañas de Jesu-Christo á los Fieles todos, que de tal manera se dispongan: *Ut panem illum supersubstantialem frequenter suscipere possint*, que pueden con frecuencia recibir aquel Pan Divino. Lo mismo el Concilio general de Basilea; lo mismo todos los Doctores, y Santos Padres de la Iglesia, que no claman, no ponderan, no persuaden otro punto con mas eficacia y fervor, que la frecuencia de recibir este Divino Sacramento; *Quod sapé accedere dignè, & devotè sit valde proficuum, immò summè necessarium* (dice el Concilio Basileense) *omnes Doctores Catho-*

*licii laudant, hortantur, admonent incessanter fidelem populum.* Estas, pues, son las ansias de la Iglesia, estos sus declarados deseos. Mirad, ciegos, mirad, engañados, si os escusa el decir, que una vez sola al año lo manda: mirad, enfermos desengañados, si el decirlo que un bocado siquiera, y ese comido tan sin gana, tan sin disposición os bastará solo para la vida.

En la primitiva Iglesia, en aquellos tiempo de oro los Fieles todos comulgaban todos los días, como lo dá á entender el capítulo segundo de los hechos Apostólicos: *Erant perseverantes in doctrina Apostolorum, & orationibus, & in communicatione fractionis panis.* Si había precepto, lo contravierten los Teólogos, Agradame mas el sentir de nuestro Eximio Suarez: (3. part. dist. 70. sec. 2.) *Fidelium devotio obligationem precepti praeveniebat.* Era tal el fervor, tal la devoción de los Fieles, que sin haber menester precepto, ellos lo prevenían. Pasados luego algunos siglos, yá entibiado el fervor comulgaban cada ocho días, á lo que se cree por mandado de Pio Primero, y del Concilio Nanetense. Fuese con el tiempo resfriando mas la caridad, y por consiguiente la frecuencia de este Sacramento; por lo qual San Fabian, Pontífice (como consta del capít. *Et si consuet. Dist. 2.*) mandó que comulgaran tres veces al año en las tres Pasquas, de Navidad, Resurrección, y Pentecostés; pero yá á la falta de este Pan Divino, mas y mas perdidas las costumbres, echando en olvido el uso de este Sacramento, viendo por una parte su necesidad, por otra nuestra desgana, como decía el enfermo, llegó la Iglesia nuestra Madre en el Concilio Lateranense á decirnos: un bocado siquiera, y á ponernos como nos puso, el precepto de comulgar una vez al año, registrado en el cap. *Omnis utriusque sexus, de Penitent. & Remissionibus;* de modo, que siendo precepto divino de boca de nuestra Vida Christo el recibir el Santísimo Sacramento, la Iglesia nos declaró el tiempo, acomodándose solo compasiva á nuestra miseria.

¿Y quién no vé Católicos, retratada aqui la Estatua de Nabuco? La cabeza toda de oro en aquellos primeros Fieles, comulgando todos los días; en los siguientes, que á lo menos cada ocho, el pecho y los brazos de plata; despues, que yá tres veces al año, los muslos de bronce. ¿Y qué nos queda? Las piernas y pies de hierro y barro. ¿Cuántos son los que frecuentan la Comunión? Son tan pocos, tan murmurados de los impios, tan apuntados de los escandalosos, y tan muchos, y tan casi todos, todos tierra, todos barro, que se lleva el viento; ¡oh, no sean que se lleve el diablo!

Este precepto, pues, de comulgar obliga cada año debaxo de pecado mortal, desde el Domingo de Ramos hasta el Domingo de la Pas-

qua de Resurrección, á todos los que han llegado al uso de la razon. Y aun para cumplir esto, ¡qué dificultades, qué largas, qué mentiras, y lo que es peor, qué sacrilegios! ¿Qué macho, pues, que tantos vivan como bestias? Enmorado torpemente un mancebo de una muger casada, y no valiendole para reducirla á sus torpes intentos repetidas trazas, picado, convirtió su amor en odio, y consultando á un hechicero, tubo modo para hacer con arte del diablo, que la pobre muger pareciese á los ojos de todos convertida en yegua. Imaginad qual quedaria el marido con tal mudanza. Hablabala, y no la respondia; queriála arariciar, y le respondia con las coces. Determinó en fin llevarla á San Macario, y así lo hizo, tirandola de una sogá, como se lleva á una bestia. Puesta en presencia del Santo, echandola agua bendita, y haciendo oracion la restituyó otra vez á su propia figura; y dixola entonces: ¿Sabes por qué te ha venido ese trabajo? Porque ha cinco semanas que no recibes la Comunión. ¡Oh, Dios! Pues si por solo cinco semanas que le faltó á aquella la defensa inexplicable del Santísimo Sacramento, pudo conseguir el demonio dexarla en lo exterior con parecer de una yegua, ¡cuántos por años enteros de no comulgar, estarán en todo lo interior bestias?

Obliga, pues, el precepto á los que han llegado al uso de la razon. Y aqui, padres, y madres, ¿qual es vuestra obligacion con vuestros hijos? Bien sé que no puede haber regla cierta, despertando unos á los siete años, otros despues, y tambien otros antes; pero los padres, que facilmente lo pueden conocer, ¡qué descuido es tan intolerable el que así los dexan sin este Pan, que es la leche purísima que cria las almas! *Rationabile luc concupiscite.* A estos pequeñitos es á los que llamaba la Sabiduria á su Mesa: *Si quis est parvulus veniat ad me.* Esta edad inocente es en la que Dios quiere hacer los frutos de vida, en la que quiere plantar las azucenas de la pureza; estas criaturas tiernas son las escogidas para aquel Pan, que es de Angeles: *Fruentum electorum;* como leen todas las Versiones: *Juvenum, adolescentium, puerorum, & vinum germinans virgines.* Yo no digo, que si está del todo cerrado todavía el uso de la razon se les haya de dar la Comunión; pero si yá les advierten reparos, dichos, advertencias, y en fin lo que basta á hacer distinción, á formar algun concepto de que distinga con la Fé este Pan Divino, de este pan ordinario, ¿por qué les retardais este Divino Pan? ¡Oh, en cuántas cosas se verifica la queja de Jeremias; *Parvuli petierunt panem, & non erat qui frangeret eis.* Los muchachos piden el pan, á de la doctrina Christiana, á de la Santísima Comunión, y no hay quien se lo dé? ¡Oh, padres! ¡oh, madres! Si para que el durazno salga de hueso colorado basta echar carmin en las raíces, y por

por el contrario, para que los racimos sean venenosos, ha bastado en una vid poner en las raíces veneno: si quando esas criaturas tiernas están puestas al veneno de las compañías, les vais arrimando al corazon el Cuerpo, y Sangre del Hijo de Dios, ¿qué no brotarán de virtudes? ¿qué no darán de frutos sazonados? *Este es,* decía hablando de estos San Francisco de Sales, (Lib. 2. Epist. 50.) *este es un error grande, á mi parecer, diferir tanto este bien en esta edad, en la qual los niños tienen mas discurso á los diez años que teniamos nosotros á los quince.*

Y si, como refiere San Gregorio, hay niño de solos cinco años que se condenó, ¿miren si por los años se puede tantear la malicia? Yo sé que refiere el Discipulo, que un niño de nueve años, á quien le habían negado la Comunión estando para morir, pidiendola con instancia, y llevandole una forma sin consagrar, dixo al punto: ¿Para qué me engañan? que no es ese el Santísimo Sacramento: Alumbrandolo así Dios, para mostrar quanto gustaba de entrar en su alma; y recibió luego muy gozoso el Santísimo Sacramento. Sé que aquella admirable niña Imalda, que refiere nuestro Paulo Barri, siendo de once años, en un Convento de Religiosas, negandole la Comunión, que ella con todas sus ansias pedía, estando de rodillas en el Coro, mientras las Monjas comulgaban de las manos del Sacerdote, voló por el ayre la forma consagrada, y se detubo sobre la cabeza de Imalda; y á tal prodigio, dandole obligados la Comunión, espiró al punto. ¿Qué mejor leche, padres, para vuestros hijos, que á los pechos de Dios la leche de la misma Divinidad? Obliga por ultimo el precepto de comulgar, en el sentir comun, y mejor Teologia, quando estamos en peligro de muerte, en aquel punto: *Quando tribulatio proxima est, & non est qui adjuvet.* (Suar. 3. part. dist. 69.) Quando los aprietos mas espantosos del alma, quando las congojas mas apretadas del corazon, quando los enemigos mas enfurecidos, quando la vida mas atormentada, quando la muerte mas atemoriza, y quando solo Dios es el que puede darnos el socorro, ¿qué es menester precepto? ¡Oh, no nos castigue por nuestras culpas, negandonos en aquel punto la Comunión, no queriendonos admitir entonces á sus brazos! Y siendo este temor justísimo, á esto se han de encaminar nuestros ruegos, nuestras oraciones, nuestras continuas súplicas á pedirle al Señor, que nos conceda en aquel punto el recibirle por aliento de nuestras almas, por defensa de nuestra batalla, por Viatico de nuestra peregrinacion, y por prenda de nuestra Gloria. Así le clamaba la Beata Maria de San Benito, Monja Dominicana, que no comulgó vez que no le pidiese al Señor morir en el punto mismo que lo acabára de recibir, y así lo consiguió dichosa. Sean, pues, estos nuestros fervorosos ruegos; hagamos por este fin nues-

tras buenas obras, para conseguir con esta dicha todas las dichas.

Refiere Cesario, (lib. 9. Mir. c. 49.) que un Soldado de rotas costumbres, acusado de algunos robos ante el Emperador Federico, mandó por esto que lo buscáran, y lo ahorcáran. Así se executó, dexandolo en el campo pendiente de un arbol. Tres días habían pasado, quando pasando por allí un Caballero, reparó al verlo, y oyó que lo llamaba. Retirabase temeroso, y él alzando mas la voz: No temas, le dixo, acercárete, que soy Christiano, y estoy vivo. Acercóse el pasajero, y dixole el ahorcado: Entre las muchas maldades de mi vida, tuve una devoción; que todos los días rezaba tres Padre nuestros, y Ave Marias á la Santísima Trinidad; cinco á las Llagas de mi Señor Jesu Christo, y un Padre nuestro, y Ave Maria en honra del Santísimo Sacramento, que se consagraba en todo el mundo, pidiendole que en el fin de mi vida no me privase de recibirlo; y este es el favor que su Magestad quiere hacerme: baxame de aqui. Baxóle el Pasajero: fue al Lugar mas cercano, llamó al Cura, traxo el Santísimo Sacramento, y habiendose antes confesado, lo recibió, y espiró al punto: divulgóse por la comarca toda con grande regocijo este prodigio, que ojalá nos sirva á todos de aliento, no solo para la frecuencia de este Pan Divino, en que nos vá la vida, sino para clamar siempre á Dios que lo logremos tambien por Viatico, que dignamente recibido nos lleve á la Gloria.

## PLATICA XI.

## De la frecuencia del Santísimo Sacramento.

A 18. DE JULIO 1694.

Aditile gozos al que tiene la misma Gloria por esencia, adelantar regocijos al centro mismo de las delicias, á Dios, que si mismo abraza toda una infinita Bienaventuranza, aumentarle deleytes, como una pequeña criatura podria alcanzarlo? ¡qué noble empleo de toda una vida! ¡qué feliz empresa de toda un alma! ¡qué dichoso logro de todo un ser, si el conseguirlo no pareciera imposible! Pues para mostrarlo fácil atendamos primero á Plutarco, Cierito Canio, valentísimo Musico, y en tocar una flauta de primor incomparable; vivia por eso de andarse por las casas de poderosos tocando en los festines su instrumento, que le pagaban, al paso que suspensos los deleytaba con su harmonia. Pero era tanto mayor el deleyte que el mismo Canio sentia al oír él su mismo instrumento, que solia decir en secreto, que si los oyentes le espíaran el corazon, y le vieran el alma